



AVISO LEGAL

Artículo: El difícil matrimonio de la literatura y la política

Autor: Mercader, Martha

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 4, año II, núm. 10 (julio-agosto de 1988), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Mercader, M. (1988). El difícil matrimonio de la literatura y la política. *Cuadernos Americanos*, 4(10), 169-179. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1988 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México.

<https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- > Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- > Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- > No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- > Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL DIFÍCIL MATRIMONIO DE LA LITERATURA Y LA POLÍTICA

Por *Martha* MERCADER
ESCRITORA ARGENTINA

FRECUENTES REUNIONES internacionales eligen como tema de estudio "La Literatura argentina, de la Dictadura a la Democracia", gesto fraterno con nuestro actual sistema de gobierno y que despierta mi gratitud. La denuncia de la opresión siempre honra a los intelectuales. Toda simpatía por una causa justa es loable. Pero he aprendido a desconfiar de las causas justas, no para renegar de ellas, sino para estar alerta cuando sólo se utilizan como banderas o cuando con buena fe se aplican conceptos no pertinentes que operan como espejos deformantes. Esto sucede si se desplaza el fenómeno literario al campo de la sociología y a la política sin advertir previamente que se ha cambiado de carril.

La cuestión de las relaciones entre la actividad intelectual —signifique esto lo que signifique— y la vida política ha sido muy estudiada desde principios de siglo. Para realizar tal investigación en el período señalado habría que determinar —si eso fuera posible— la peculiar actitud frente al mundo de cada uno de sus escritores —si asimismo fuera posible definir con precisión la categoría de "escritor"— a través de los recursos retóricos comunes a todos ellos y de sus particulares diferencias. Además, habría que analizar el comportamiento del poder político visible y del oculto, el de las fuerzas económicas, los ascensos y descensos sociales, y en especial, averiguar lo que la gente leyó y qué "lecturas" hizo de lo leído. Según parece, ahora no vemos en el Quijote lo que veían los contemporáneos de Cervantes; de la misma manera, el público de Shakespeare se extasiaba ante pasajes que la platea actual considera aburridos. En suma, una obra no se explica únicamente desde el punto de vista del autor. También hay que leerla "desde su lector", para comprender su relación con el espacio social en que se produjo. Éste sería un estudio de carácter literario, destinado a poner de relieve las conexiones concretas que puedan existir entre ideología y creación estética.

Confieso que me siento incapaz de hacer semejante esfuerzo. Confieso, también, algo obvio que suele olvidarse: cuando hablo de Dictadura y Democracia, hablo más como ciudadana que como escritora. La literatura pertenece a otro reino, entretreído con el mundo de la política por la historia y la ficción, la mitología y la crónica menuda, por amores, rencores, razones y esperanzas. Misteriosa, inextricable red de lógica y pasión. Por eso ningún ser humano, aunque sea el más lúcido intelectual, dice "la verdad" cuando opina abierta o encubiertamente de política. Dice apenas "su" verdad, a su manera. Sea como sea, y en vista del prestigio "gremial" de su palabra, la probidad intelectual exige no utilizar trucos retóricos para contrabandear ideología. Una página escrita con alma y vida se diferencia de un panfleto por la intención catequizadora.

La fraternidad de la indignación contra las injusticias no siempre permite comprender que la responsabilidad política primordial, la libertad a la que paradójicamente estamos obligados, eso que se pregona como el compromiso, reside en elegir la acción tendiente al bien común —meta controvertida sin duda— que en determinadas circunstancias será apenas un deslucido mal menor. Exigir en nombre de la ética metas imposibles es tan delirante como amoral. La fraternidad de quienes buscan a ultranza la justificación de su vida en los absolutos impuestos a la fuerza se convierte a menudo en la logia de los enamorados de la violencia. Causas heroicas que deslumbran y alucinan, incluso a quienes hacen profesión de rigor intelectual.

Del amargo silencio en que desaparece mucho talento ignorado a la limitada influencia de un maestro o autor; del efecto del mensaje implícito en películas y telenovelas al dominio sobre poblaciones enteras que ejerce el favorito del príncipe o el consejero de Estado, el poder del intelectual es una incógnita no despejada. A veces gana batallas como el Cid, después de muerto. La materia prima del intelectual, las ideas, forjó la Edad Moderna. Si Marx, Freud, Einstein, revolucionaron este siglo, en el final del milenio la inteligencia aplicada se acelera día a día en un vértigo incalculable.

Hasta ahora no se han establecido criterios para determinar cómo ni cuándo una idea pasa a integrar la maquinaria de la ciencia, la técnica y el poder en cualquiera de sus manifestaciones. Hoy, los medios de comunicación y la propaganda política simplifican y tergiversan peligrosamente la obra intelectual. Un poema lírico bien puede resultar lucrativa ayuda para un traficante de armas. El poeta como héroe o el escritor erigido en mártir, como los tambores

y los clarines en las antiguas batallas, enardecen los ánimos y vivifican mitologías y símbolos sagrados. Dificilmente ayudarán a comprender mejor los problemas al común de la gente, condenada a utilizar simplificaciones para orientarse en el duro oficio de vivir, pero echarán fuego al fanatismo y la intolerancia.

De ninguna manera son preferibles esas otras logias, las de quienes se refugian en un cómodo relativismo o en un apoliticismo cínico. Por eso la responsabilidad del intelectual es tan pesada. Aumentada en mayor medida que la tolerable la cantidad de información y la pluralidad de sistemas elegibles, y con ello la relativización y trivialización de todas las verdades, incluso las religiosas, pero obligado el intelectual por esencia a la reflexión crítica, no puede no elegir. De ahí el encanto de los nuevos dogmas que interpretan todos los signos y dotan de significado a la vida, incluidos sus aspectos que parecen invenciones de Kafka y de Ionesco.

La relación entre sistemas políticos y Literatura no es simple. El Siglo de Oro y el Barroco españoles florecieron durante el imperio de los Austrias; los Tudor y los Estuardo presidieron el teatro isabelino; Dostoievski escribió bajo los últimos zares. De esto no se deduce que sea bienvenida la cárcel para escribir *El Quijose* o —yéndonos a la Inglaterra victoriana— la bellísima *Balada de la cárcel de Reading*.

De la misma manera, cuando surgió la última generación original española, la del 27, gobernaba la "dictablanda" de Primo de Rivera. El exilio y los fusiles de Franco la diezmaron, y cuarenta años de dictadura aherrojaron las siguientes. Pero la democracia consolidada, con todo su apoyo a favor de la cultura, todavía no ha logrado generar el talento literario que se descontaba por el solo hecho de cambiar la forma de gobierno.

Fenómeno semejante, aunque inverso, es la pretensión de los Estados socialistas represores que intentan dirigir la actividad creadora según normas dictadas por el partido, con lo que logran imponer la injusticia y la mediocridad. Ejemplos tomados al azar que no deben empujarnos a conclusiones ligeras, para no repetir el error de quienes, con brillante retórica panfletaria, aislan ciertos hechos nefastos ocurridos en algunas democracias latinoamericanas recién estrenadas, para erigirlos en representativos de todo el sistema y así invalidarlo, motejándolo de "democradura".

La libertad es el germen de la creación literaria. El romanticismo la popularizó y la convirtió en necesidad política. Byron murió combatiendo por la independencia de Grecia y Esteban Echeverría

buscaba a toda costa la fama poética para ensanchar su espacio político.

Pasó el romanticismo, pasaron muchos otros "ismos", y según dicen, advino el posmodernismo, pero aquella tradición decimonónica sigue vigente. En la aureola de Rimbaud, que luchó en las barricadas de 1870, se mezclan todavía su resplandor poético, su rebeldía a todo trazo y su búsqueda extrema del más allá, aunque fuera en el tráfico de marfil y de armas. En esa misma línea, André Breton quería fundir a Marx con Rimbaud para cambiar la vida. Incendiada España por la Guerra Civil, brigadas multinacionales de escritores y poetas quisieron abandonar la mezquindad de los objetivos estéticos por la praxis revolucionaria desde las filas republicanas, que cedieron ante el poder estalinista antes de sucumbir bajo el fuego fascista. Allí Aragón pedía a los escritores lo que él no haría: adoptar el sencillo lenguaje del obrero para convertirse en ingenieros de almas. Y Vallejo los exhortaba a actuar con su "arma", es decir, con su pluma. Y millones de alumnos de nuestra escuela pública, yo entre ellos, hemos entonado los a Sarmiento, padre de la Argentina alfabeta, maestro en contrabandear ideología dentro de excelente prosa, por combatir con la espada, con la pluma y la palabra.

Cambiaron los tiempos, se supuso derrotados al fascismo y al nazismo, pero su esencia dicatorial permanece camuflada o se ostenta en múltiples reductos. El Che Guevara fue para muchos jóvenes latinoamericanos un Rimbaud con fusil, como Mao era el conductor poeta. Los más arrojados de los discípulos de ambos dieron su vida por aquellas utopías, mientras otros las siguen reivindicando con el apoyo de grupos internacionales que como remedio a la miseria y a la injusticia intenta subvertir mundos ajenos, a veces desde una opulencia insolente e ignorante. El mito roussoniano del buen salvaje se prolonga en el mito del buen revolucionario.

Las nuevas realidades sociales y tecnológicas imprevistas por los profetas han invalidado (pero no suprimido) todos los métodos de análisis político y las ideologías que teníamos a mano. Somos animales simbólicos, o, para decirlo con términos *à la page*, animales semióticos, atentos y sedientos de señales y signos, de sentidos e ideologías. Todo compromiso vital se sella con los sentimientos que despierta el mundo, descifrado según códigos establecidos en los primeros años de vida. *Wel'anschar:ung* y compromiso llevarán siempre la marca de nuestra personalidad, historia y complejos personales, de culpa y de omnipotencia. Conocimientos y reflexiones posteriores pocas veces podrán modificar aquéllos. Bien lo dijo Pascal con eso de las razones que el corazón desconoce.

Todos los métodos para provocar cambios de conducta, que se originan en cambios en el sentir y razonar, necesitan a su vez del prólogo ineludible del deseo de cambiar. Y es muy duro admitir los errores propios cuando se han dejado girones del cuerpo y del alma en la lucha. Se necesita mucha entereza para abandonar el sentido de lo vivido, cuestionar la experiencia que cohesionó nuestra identidad y confesar que ése no era el camino; que hay que buscar otro. Persistentes son las fidelidades, en plural; la fidelidad a uno mismo, al terruño, a la clase, al partido, al pueblo, a los ideales, al equipo de fútbol. Detrás de palabra tan noble puede esconderse cualquier cosa: la inercia, la cobardía, el oportunismo, el terror al chantaje, la camaradería en las tropelías. ¿No era acaso "*Meine Ehre heisst Treue*" (mi honor se llama fidelidad), el lema de los ss? ¿No es el mismo que el de todos los grupos armados, de cualquier signo?

Delicadas son las ilusiones. El viento de la realidad las marchita y las barre. No es fácil hacer renacer un brote de esperanza entre los escombros de los castillos derribados. Pero sin ilusión no hay futuro y el eterno presente es poca cosa para el ser humano. La ilusión rejuvenece más que la celuloterapia. Pero un intelectual debe ajustarles día a día las cuentas a las ilusiones, de la misma manera que debe adecuar su compromiso a este fin de siglo distinto de todo cuanto podíamos imaginar. Justo ahora, cuando los recursos de la tecnología han llegado a ser fabulosos, las energías acumuladas se vacían de metas o se emplean en la destrucción; la humanidad parece tener al mundo en sus manos y no sabe qué hacer de su vida.

Después de la Primera Guerra Mundial, Paul Valéry, además de recordarnos que nuestra civilización podía ser tan mortal como la de Elam, de Nínive o de Babilonia, predijo la pérdida de confianza en los valores que habían posibilitado su crecimiento y su esplendor. Pensaba que la cultura y la civilización descansan sobre algo mágico: las palabras. Establecía una dicotomía entre la barbarie confinada al mundo de los hechos y la civilización. El orden, decía, no puede ser impuesto por ninguna fuerza, por grande que sea. El orden tiene su imperio en la ficción. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, era evidente que se estaba cumpliendo la sombría predicción de Valéry. Los hitos que durante casi dos milenios sirvieron de referencia a los intelectuales se vacían por el suelo, mientras las nuevas formas de producción y el control de la natalidad ocasionaban cambios más revolucionarios que los supuestos por la ciencia política, entre ellos la emancipación femenina —proceso que apenas ha comenzado hace un siglo o dos.

El descubrimiento de nuevas culturas contaminó los usos y costumbres de las zonas industriales, que dislocaron a su vez la vida de las regiones marginales con sus productos, y los modelos de vida nunca más se adoptaron según la antigua división de clases. Todo se mezcló, todo se hibridizó, todo fue posible, nada fue intocable, nada seguro.

A la mayor complejidad del mundo, los jóvenes posbélicos respondieron con perplejidad y ansias de evasión. Había que derribar todo lo anterior, y para crear nuevas significaciones, siempre fugaces, tuvieron que renegar de la coherencia. La libertad debía estar en alguna parte, en las zonas marginales de la sociedad o del planeta, en la liberación sexual sin sacramentos o sin náuseas existenciales, en la experimentación gratuita, en los paraísos artificiales, en la arcaica vida comunitaria, en la belleza de lo diminuto, en el refugio del confort o en el vértigo del consumismo. Habían renunciado a la milenaria búsqueda de los universales que atravesó la historia de la filosofía.

Pero la sed de coherencia no se sacia jamás. Por eso, paralelamente, los nuevos dogmas construían sus fortalezas. Y allí están: dominan así en la tierra como en el cielo.

La Argentina, arrastrando como los hijos malcriados de los millonarios una adolescencia demasiado prolongada que la cegaba en cuanto a sus límites y posibilidades, oscilante entre la omnipotencia sobradora y la autodenigración gratuita, en el último confín de la tierra que desde el Barrio Norte porteño se confundía con París, nutrida de cultura universal pero periférica con respecto a los centros mundiales de poder, no fue ni es ajena a las mareas de la historia y sufre y se desangra, como dice el tango, en medio de múltiples conflictos. Algunos son los mismos que resquebrajan la coherencia interna de las superpotencias, hasta hace poco bloques sin resquicios aparentes; algunos otros los comparte con el resto de Latinoamérica y también padece otros, de su exclusiva propiedad. Tocar el tema de la Dictadura y la Democracia en la Argentina significa hablar —y muy largo— de todo esto. Marcados a fuego por nuestra memoria corta, los escritores también reivindicamos la memoria larga. La Literatura quizás no sea la imagen de las cosas, sino las cosas vividas dentro de las cosas; lo real vivido dentro de lo real, algo parido con sentimiento, pasión y juicio, algo personal y ajeno, pieza única fabricada con tesoros propios y bienes mostrencos, original cruza lingüística de laboratorio pero heredera al mismo tiempo de antiquísimas genealogías. La Literatura parece ser lo real con sentido, y poco importa si esta realidad se vivió como acción o como fantasía; lo escrito es lo que un ser humano

ha vivido dentro de sí en determinadas circunstancias y lo sabe expresar según severas reglas que no están escritas en ninguna parte porque cambian todos los días.

Dicen que se escribe para exorcizar al perseguidor interior. Durante la Dictadura, los perseguidores fueron reales, andaban con sus metralletas a la caza de textos sospechosos y autores subversivos. La Literatura que no se exilió abundó entonces en silencios, elipsis, omisiones, metáforas y otros tropos. Pero no renunció a su razón de ser.

La última dictadura militar no nació por generación espontánea. Fue fruto de una ideología fascista entroncada en raíces europeas; la asistió en su parto un poeta siempre acertado, siempre intolerante en su inestable ideología autoritaria, se nutrió en el crónico militarismo latinoamericano, engordó con la doctrina norteamericana de la seguridad continental y fue primorosamente cultivada en suelo patrio durante cincuenta años por selectos grupos de civiles.

Pero no es menos cierto que las utopías revolucionarias, nacidas en Europa y en Asia y alzadas en armas en nuestro continente a partir de urgencias autóctonas, dieron cohesión, pretextos y razones a la prepotencia militarista. Fueron muchos los teóricos, los exégetas y los cantores que aplaudían la estrategia de provocar a las fuerzas armadas para obligarlas a reprimir. Entonces, decía la cartilla, por fin el pueblo se levantaría para hacer la revolución, y sus catecúmenos señalaban acusadoramente como cómplices de la reacción a quienes no se plegaban a la causa. Atrapada entre dos fuegos, la reflexión serena no podía hacerse oír. Pronto habría de sonar, para desgracia de todos, y de nuestros hijos y de nuestros nietos, para desgracia del país, una hora de la espada mucho más sangrienta que la lugoniana.

Si se me pregunta cómo transcurrió la vida en la Argentina entre 1976 y 1983 puedo contar anécdotas atroces, señalar complicidades, dar nombres y detalles, pero no podré evitar retroceder hasta 1973 y 1971 y 1966 y aún mucho más atrás. Aprecio las ventajas de la democracia desde que las botas del general Uriburu violaron mi hogar. Fue en la vida y no en los textos donde aprendí, tan temprano, el valor de los derechos civiles.

Defiendo la democracia, no como el menor de los males, según la humorada de Churchill, sino como un sistema con virtudes en sí mismo que no debe pedir disculpas por ofrecer aparentemente sólo resguardos formales. Sin ellos los demás derechos son nada. Y una cosa sé: la democracia no se defiende ni con versos ni con cañones; sólo se defiende con el cumplimiento de la ley.

Para las dictaduras, ya sean de izquierda o de derecha, conse-

guir apoyos unánimes es fácil: se apela a la demagogia, a la corrupción, al favoritismo, a las promesas utópicas, al lavado de cerebro, la cárcel, la tortura y la muerte. La democracia se apoya apenas en la responsabilidad individual y colectiva de sus ciudadanos, que reclaman sus derechos y suelen olvidar sus deberes. La democracia respeta la libre expresión de las ideas, y los medios de difusión, que por lo general continúan en manos adversarias o directamente enemigas, suelen aprovechar esta libertad para denigrarla en nombre de supuestas violaciones.

Por eso la democracia es un sistema tan delicado. A veces es flor de un día. Para ser planta fructífera le hace falta tiempo, el necesario para consolidar nuevos hábitos de convivencia.

Para que estas páginas tengan algún valor testimonial, sólo puedo hablar de mí misma. Por eso me animaré a hacerlo. Entre 1976 y 1983 publiqué tres libros *Juanamanuela, mucha mujer*, *La chuña de los huevos de oro* y *Belisario en son de guerra*. Algunos datos sobre estas obras quizás sirvan para ese estudio sugerido en los primeros párrafos de este ensayo.

Pero algunos pocos antecedentes anteriores son también pertinentes. En 1966 había publicado un primer libro de cuentos. Mi primera novela, *Los que viven por sus manos*, escrita en tres o cuatro meses de 1973, fue publicada en noviembre de ese año y su segunda edición en enero del 74. De paso, recuerdo que por ese entonces dirigía un diario, *La Calle*, fundado para apoyar una futura alternativa de izquierda no insurreccional. El proyecto tuvo corta vida: fue considerado molesto por las autoridades. Villone, Secretario de Prensa, obedeciendo órdenes de López Rega, ministro de Isabel Martínez de Perón, lo clausuró.

Mi segunda novela, *Solamente ella*, escrita primero como libro cinematográfico, se publicó en 1975. Hasta entonces, y desde la década de los sesenta, me había ganado la vida con inestables y mal pagadas colaboraciones en la prensa escrita, radial y televisiva.

A partir del golpe de marzo de 1976, mi nombre se borró de las listas de colaboradores de los medios y al parecer se inscribió en otras listas secretas (dato que nunca pude comprobar) confeccionadas por los servicios de alguna fuerza armada. Sea como sea, *Solamente ella* desapareció de las librerías. Cada vez que fui a la editorial Plus Ultra a preguntar por qué no se distribuía, siempre me contestaron con evasivas. También se dejó de vender *Los que viven por sus manos*. No es de extrañar. Si *Solamente ella* se refería a algunos aspectos de la convulsionada vida porteña en 1975, aquél cuestionaba el papel de ciertos abogados criollos al servicio de las multinacionales. Ningún medio volvió a contratarme.

En abril del 76, producida la muerte de Franco, mi ex marido y su padre regresaron a España después de largos exilios y con ellos viajaron mis dos hijos. Aliviado entonces mi temor por su suerte, ya que el mero hecho de ser estudiantes significaba un grave riesgo, yo decidí quedarme en el país. No tenía vínculos con ninguna organización subversiva y calculé que el costo del desarraigo y las dificultades de subsistencia en el exilio, a mi edad, serían mayores que el de sobrevivir en una dictadura. No sería la primera vez. Sí sería la más cruel. Desde 1978, por primera vez desde mis veinte años, pude organizar mi vida privada de modo de cumplir con una vocación postergada: escribir sin límites fijados por otros. Sólo salí de mi escritorio para dar clases particulares, recorrer archivos y bibliotecas o viajar, en condiciones precarias, a Salta y Bolivia, en busca de *Juanamauela*.

Mi conexión con *Juanamauela* fue un amor a primera vista, pero no es inexplicable. Tiene que ver con mi historia y mis circunstancias. Leer la biografía de la Gorriti en las escamoteadas líneas que le dedican los diccionarios argentinos, e intuir sus inmensas posibilidades, fue un solo acto creador. Benedetto Croce lo llama intuición lírica, pero yo no había leído ninguno de sus libros. Coincidí con él al darme cuenta, de golpe, que la historia es siempre historia contemporánea, puesto que se funde con la vida de quienes reflexionan sobre ella; o, como decía José Luis Romero, sirve para preguntarle cosas que le interesan al hombre vivo.

Hablar de nuestro siglo XIX sería desde ese momento hablar del siglo XX; hacer regresar a Juana Manuela Gorriti en 1880, para meterla en el fragor de la batalla por la capitalización de Buenos Aires —varios años antes del proyecto de traslado de la capital a la zona de Viedma sería tocar un conflicto vital todavía no resuelto; novelar la biografía de una escritora divorciada hace cien años sería agradecer la obra de las mujeres como ella que nos precedieron en la lucha por nuestros derechos; todo eso y mucho más se me aclaró en un parpadeo.

Los tres años siguientes, de tenaz investigación y obsesiva escritura, fueron felices tiempos de libertad interior y gozo creador, en medio de la zozobra y el dolor reinantes, que no me eran ajenos.

Hacia 1980, prácticamente terminada "la guerra sucia", la censura militar había aflojado. Ningún inquisidor paró mientes en las metáforas históricas y en la crítica social implícita en *Juanamauela*. (El único veto provino de *La Nación*, que se negó a publicar un adelanto de mi novela, como solía hacer con los libros de la editorial Sudamericana. Ante su éxito de público, el diario pronto me aceptó, hasta *Belisario en son de guerra*. Entonces, su crítica fue

despiadada, pero no por razones literarias. El autor del artículo afirmó que libros como el mío eran responsables de la subversión y que obligaban a los militares a salir de los cuarteles para imponer el orden. (Quizás su furia se originara en mis críticas a la prepotencia de algunos jóvenes oficiales porteños mitristas, quizás en mis ironías antimachistas).

Juanamanuela, mucha mujer salió a la venta los últimos días de septiembre de 1980. En noviembre de 1984, Sudamericana publicaba la decimoquinta edición. Mientras tanto, el Círculo de Lectores de Buenos Aires había lanzado ¿cuatro? ¿cinco?, no sé cuántas ediciones, una editorial pirata panameña otra, por lo menos, y la editorial Planeta de Barcelona una más. No poseo datos posteriores a estas fechas, ni cifras exactas de ventas. Con todo, haber vendido más de cien mil ejemplares en ese breve lapso, sin un lanzamiento comercial al estilo de los *bestsellers* norteamericanos o franceses, ni en ninguna edición millonaria como las de los países comunistas, es significativo para el tema que nos ocupa.

En *Juanamanuela, mucha mujer*, había desarrollado algunos de mis conflictos personales básicos: la relación de la mujer con el hombre, con el medio, con el poder, sus limitaciones, sus posibilidades, sus rebeldías, sus logros. Me habían zambullido en temas de identidad femenina y nacional. En *Belisario en son de guerra*, escrito todavía bajo la dictadura militar pero publicado en 1984 simultáneamente en Buenos Aires y Barcelona, por Sudamericana y Planeta, llevé a fondo un tema ya esbozado en *Juanamanuela*: la desmitificación de las virtudes heroicas y de los mecanismos bélicos, la prepotencia como machismo, militarismo y autoritarismo. Quise contar nuestra historia a escala humana, no estatuaría; convivir con personajes de carne y hueso y no con nomenclaturas de calles y plazas.

Dos años antes, en dos o tres angustiosos meses, había escrito *La chuña de los huevos de oro*, fábula política que me sirvió para canalizar mi indignación y mi impotencia durante la guerra de Malvinas. Allí estampé mi sátira contra el canallesco delirio militar criollo, el no menos canallesco manejo de la información, el nacionalismo ignorante de infinidad de compatriotas y otras aberraciones.

En esos tres libros, como en los demás, dejé mi mirada, mis sentimientos, mis valores, mis vacilaciones y las esperanzas que compartí con seres queridos, y tantas cosas que ni yo misma sé; allí quedó mi memoria corta y mi memoria larga, la que heredé de mis mayores y de mis maestros. Quizás sea la única manera de rescatar del olvido una realidad perdida para siempre que, sin em-

bargo, nos pertenece y sobre todo nos conmueve. Allí dejé un montón de cosas que no modificarían el presente histórico, pero sí mi presente. Atrapada, como todo mortal, en un gigantesco laberinto de contradicciones, tan desorientada como algunos de mis personajes, hice como algunos de ellos, busqué surcos: la duda, la crítica, la tolerancia, la fe en el hombre y en la mujer. Encontré pequeñas, lentas semillas: el amor a la palabra y al juego. Han dado raras y bellísimas flores, las libertades, pero en muy pocas regiones, en muy breves tramos de la historia. En nuestro país las estamos cultivando. Hay que cuidarlas.